

TRES RECOMENDACIONES DE S. S. PABLO VI A LOS PROFESORES DE ENSEÑANZA MEDIA

Amad vuestra profesión. Amad la escuela. Amad a vuestros alumnos

Del 4 al 8 de diciembre ha celebrado en Roma su X Congreso Nacional la U. C. I. I. M. (Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media), tratando del tema "La Institución Escolar como comunidad educante". Los Congresistas, presididos por don Gesualdo Nosengo, fueron recibidos en audiencia especial por S. S. Pablo VI, el cual pronunció un discurso en el que elogió la labor realizada durante sus veinte años de vida por la Unión, y el espíritu que la anima fundamentalmente en orden a la formación personal y perfeccionamiento del educador, con lo que la Escuela resulta elevada, humanizada y vivificada. Resaltó después la atención dedicada por la U. C. I. I. M. a las enseñanzas del Concilio y al impulso renovador de la vida religiosa, eclesial, cultural, apostólica que éste ha procurado imprimir a cuantos tienen la fortuna y la responsabilidad de ser miembros de la Iglesia Católica. "Os estamos agradecidos —agregó el Santo Padre— por esto y también esperamos mucho de vosotros en lo que se refiere al conocimiento y a la recta interpretación y aplicación de los textos conciliares, especialmente en cuanto se refiere al sentido verdadero y pleno de la Iglesia, a la actuación inteligente y animadora de la reforma litúrgica, a la comprensión del interés que la Iglesia misma dirige a vuestros problemas educativos, a los del apostolado de los laicos y de las relaciones que el seguidor de Cristo e hijo de la Iglesia debe de tener, en el pensamiento y en la acción, con el mundo moderno".

Su Santidad Pablo VI agregó:

"Queremos deciros, Profesores, unas breves palabras de recomendación, de las que podéis deducir Nuestro afecto hacia vosotros y sacar un estímulo para perseverar con firmeza en vuestro trabajo. Hablando a Profesores es lícito reducir pensamientos, capaces de inmensos desarrollos, a parágrafos escolares, puramente indicativos.

Por tanto, os haremos tres recomendaciones, superfluas, en verdad, para quien hace de ellas ley por propio espíritu, pero no vanas para quien, como vosotros, conoce su valor y su fecundidad y desea siempre progresar moralmente.

AMAD VUESTRA PROFESION

¡Profesores e Hijos queridísimos! Amad vuestra profesión. Quere-
mos decir: vivid en la conciencia de su excelencia, de su importancia, de

su interior riqueza. La elección, que habéis hecho para emplear el tiempo, las fuerzas de vuestra vida, dedicándoos a la enseñanza, no sea jamás anulada por la duda, no sea nunca juzgada inferior a otras de las que a menudo es dado conseguir más fáciles ventajas económicas o mayor prestigio social. Lo que habéis elegido es una misión más que una profesión. Encuentra en su espiritual dignidad su mejor merced. Está dirigida toda ella hacia la misteriosa y sublime operación de la transfusión del saber, de la búsqueda inicial de la verdad, de la comunicación incipiente, de la apertura de almas juveniles al arte del pensamiento, de la memoria, de la palabra, a la conquista del patrimonio cultural de la nación, al sentido religioso y al júbilo de la fe, vuestra profesión puede reivindicar para sí la nobleza y el mérito de un incomparable e indispensable servicio al hombre, a la sociedad, a la Iglesia.

El complejo de inferioridad derivado de los antiguos que juzgaban la enseñanza función de esclavos, o de mercenarios, debe desaparecer totalmente hasta en los últimos residuos de su supervivencia, por la estimación ya vuestra, aunque os sorprenda la necesidad de ello, ya de la pública opinión, debiendo juzgar todos altísima y dignísima, para nosotros sagrada, la función por vosotros elegida y convalidada por la pública autoridad como maestros de la edad preciosa, la adolescencia.

AMAD LA ESCUELA

Otra recomendación: amad la Escuela, amad vuestra Escuela: Queremos Nos así diciendo confortar un sentimiento ya vivo en vuestros ánimos. El tema de vuestro Congreso ya lo demuestra. Pero también a este respecto no os desagrada que Nos os exhortemos a amar la Escuela; como Institución, juntamente con el hogar doméstico y la Iglesia de Dios, merecedora como ninguna otra de toda estimación, de todo culto, de todo entusiasmo. Es cierto que hoy todos ensalzan la escuela; y ello es índice de grande y prometedor madurez de la sociedad moderna; pero es también cierto que la Escuela, como es, en su concreta realidad, es objeto de interminables críticas, casi como si las necesidades que sufren fuesen culpas, y casi como si para obviar tales necesidades fuese remedio adecuado desconocer los méritos adquiridos, el desarrollo alcanzado, las previsiones prometedoras de la Escuela existente. Vosotros, secundando todo esfuerzo ordenado y responsable para dar a la Escuela el incremento que los tiempos requieren, procurad aumentar la dosis de amor que la Escuela,

decíamos, como Escuela, y como vuestra, se merece; y tanto más en este período, en que toda la institución escolar está en movimiento para ensancharse y para renovarse, sépase y óigase que los Profesores católicos están allí para vivir su Escuela, para sostenerla, para honrarla, para hacerla, desde todos los aspectos, digna de la juventud creciente y de todo el pueblo.

AMAD A VUESTROS ALUMNOS

Y después, tercero, queridos e ilustres Profesores, otra recomendación, obvia también, pero para vosotros querida: amad a vuestros alumnos. ¿Pero no les amáis quizá? Ciertamente, sí, les amáis. Pero consentid que Nos os recordemos este deber. Porque, teóricamente hablando, es posible enseñar sin amar. Y porque el amor, como el fuego, es algo que debe mantenerse encendido por un perenne vigilante propósito. Vosotros conocéis por cotidiana y larga experiencia cuán pesada sea la enseñanza, qué monótona, qué árida, qué extenuante, y precisamente de manera especial por la relación de diálogo y de disciplina con los alumnos; los buenos, sí, pero terribles alumnos. Y sabéis también que sin el amor la educación fracasa, la instrucción disminuye. La verdadera pedagogía se alimenta de amor. Y donde un Profesor consigue amar acaba por hacerse amar; y entonces la Escuela es otra cosa: siempre delicada, difícil, comprometida, pero qué viva, qué hermosa. La Escuela Media, después, qué alegre y maravillosa palestra de almas puede llegar a ser, cuando el Alumno, en el clima del afecto y de la estimación recíprocos, se hace con facilidad verdadero discípulo de su Profesor, se hace casi un hijo, y por último finalmente amigo. ¡Qué resultado, qué alegría! Es el fruto prodigioso del amor: ¿y quién más y mejor que vosotros, Profesores católicos, alumnos vosotros mismos de la gran escuela de la caridad de Cristo, puede y debe aspirar a tanto resultado? ¿Y qué camino más derecho que éste del amor—discreto, grave, dulce y fuerte juntamente...— del amor, decimos, por los queridos, queridísimos muchachos de vuestras Escuelas para llegar a convertir, como deseáis, la Institución escolar en “una comunidad educante”?

He aquí: esto es todo. Y vaya Nuestra Bendición, a vosotros, a vuestros Colegas, a vuestras Escuelas, para que se realicen, con la ayuda del Señor, estos ardentísimos deseos.